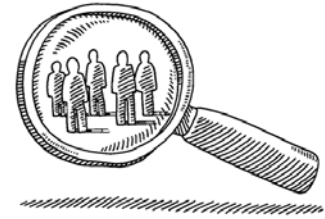


PEQUEÑOS



GUIÓN LITÚRGICO

Frase bíblica

“Si no os hacéis como niños...” (Mt 18,3)

Frase para la reflexión:

“Los franciscanos nunca llegaron a ser pobres, porque no se atrevieron a ser menores”

Monición entrada

“Menos es más” se ha convertido en un slogan que nos habla de una minoridad soñada y perdida en los caminos de la historia. Francisco de Asís, quiso que la fraternidad fuera de hermanos, pero, además, que fueran menores, es decir, que se convirtiesen en los frailes del no saber, no tener y no poder. Celebramos esta eucaristía con la mirada puesta en el valor de lo pequeño, de lo débil, de lo sencillo, como fuerza para caminar por caminos de sueños y utopías.

Perdón

- Siempre queremos ser más: Señor, ten piedad.
- Buscamos los primeros puestos: Cristo, ten piedad.
- Anhelamos la fortaleza del poder: Señor, ten piedad.

Plegaria eucarística (Para realizar en diálogo con la asamblea)

SACERDOTE

Hoy escuchamos a Jesús que se abaja para los humildes. Él nos ayuda a llevar las cruces de la vida, si reconocemos que no las podemos cargar solos.

TODOS

Haznos humildes para reconocer nuestras propias necesidades ante los demás y pedir ayuda en momentos de dificultad.

SACERDOTE

Haznos también conscientes de nuestra pobreza, de la necesidad de llevar nuestras cargas de la vida. SANTO.

SACERDOTE

Dios nuestro: En estos sencillos signos de pan y vino tu Hijo viene a nosotros hoy para ser nuestro compañero de camino y para ayudarnos a llevar nuestra pesada carga.

TODOS

Queremos aprender de él a caminar unos con otros hasta el fin, por el camino humilde del amor y del servicio.



PEQUEÑOS



SACERDOTE

Con humildad te pedimos que envíes tu Espíritu sobres estos dones y los transformes en el cuerpo y la sangre de Jesús. **El cual...**

SACERDOTE

Bendigamos y demos gracias a Dios, porque mostró su misericordia para con nosotros al permitir que su Hijo Jesús compartiera la humilde condición de nuestra vida humana.

TODOS

Señor de cielo y tierra: Te alabamos por mostrarte a nosotros en el manso y humilde corazón de Jesús.

SACERDOTE

Inspirados por su palabra y nutridos con su pan de vida, querríamos admitir lo pobres y pequeños que somos y aprender a dar tiempo y atención a los cansados.

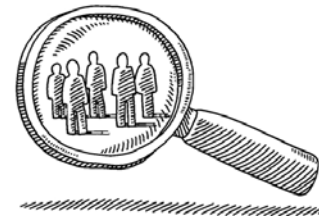
TODOS

Que sepamos transmitirles tu alentadora palabra, para que todos los que te buscan encuentren en nosotros a tu Hijo Jesucristo. **Por Cristo...**

Oración final

Señor y Padre mío, ayúdame a comprender la grandeza de lo pequeño:
a interpretar el mensaje de una mota de polvo,
sólo perceptible cuando se cuele un rayo de luz en la habitación;
a percibir el milagro de un grano de mostaza que se pierde en la palma de la mano;
a escuchar la palabra de una brizna de hierba que despunta en la hendidura de una roca,
en medio de un desierto, en la cima de una cordillera,
en el corazón de un bosque impenetrable.
Creo, Señor, que en el ser más insignificante
late el misterio de tu presencia y de tu acción creadora.
Enséñame a apreciar el valor de una mirada amable,
de una sonrisa complaciente, de un gesto benévolo, de un silencio respetuoso.
Dame sabiduría para alcanzar el sentido último de la palabra de Jesús:
"Si no os hicieréis como niños...".
Regálame unos ojos nuevos que me permitan descubrir,
y admirar la pequeñez de tu sierva,
cantora del Magníficat y primera mujer de la historia.
Hazme presentir el misterio de tu infinita simplicidad,
de tu adorable sencillez siempre desconcertante.
Dame, Señor, un corazón humilde, un alma contemplativa
y unas manos dispuestas a colaborar contigo
en la construcción del mundo y de la historia.
En un silencio profundo, gozoso y permanente. Amén.

PEQUEÑOS



Unos cuentos

1. EL VALOR DE LA VIDA

Un rico industrial estaba horrorizado de encontrarse a un pescador que descansaba tranquilamente junto a su bote, jugando con unos niños.

- ¿Por qué no estás afuera pescando? Le preguntó el industrial.
- Porque ya he atrapado suficientes peces para el día, dijo el pescador.
- ¿Por qué no atrapas unos cuántos más?
- ¿Y qué haría con ellos?
- Podrías ganar más dinero, fue la respuesta del industrial. Con eso podrías ponerle un motor a tu bote e ir a aguas más profundas y atrapar más peces. Entonces tendrías suficiente dinero para comprar redes de nylon. Éstas te traerían más peces y más dinero. Pronto podrías tener suficiente dinero para tener dos botes... quizás incluso una flotilla de botes. Entonces serías un hombre rico como yo.
- ¿Y entonces qué haría?, preguntó el pescador.
- Entonces podrías disfrutar la vida realmente.
- ¿Y... qué crees que estoy haciendo en este momento?, respondió el pescador.

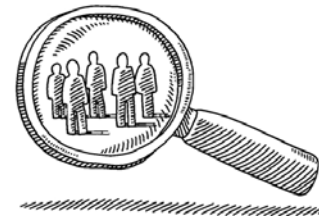
2. EL CÍRCULO DEL NOVENTA Y NUEVE

Había una vez un rey muy triste que tenía un sirviente, que, como todo sirviente de rey triste, era muy feliz. Todas las mañanas llegaba a traer el desayuno y despertaba al rey, cantando y tarareando alegres canciones de juglares. Una sonrisa se dibujaba en su distendida cara y su actitud para con la vida era siempre serena y alegre.

Un día el rey lo mandó llamar.

- Paje -le dijo- ¿cuál es el secreto?
- ¿Qué secreto, Majestad?
- ¿Cuál es el secreto de tu alegría?
- No hay ningún secreto, Alteza.
- No me mientas, paje. He mandado cortar cabezas por ofensas menores que una mentira.
- No le miento, Alteza, no guardo ningún secreto.
- ¿Por qué estás siempre alegre y feliz?
- Majestad, no tengo razones para estar triste. Su Alteza me honra permitiéndome atenderlo. Tengo mi esposa y mis hijos viviendo en la casa que la Corte nos ha asignado, estamos vestidos y alimentados y además su Alteza me premia de vez en cuando con algunas monedas para darnos algunos caprichos, ¿cómo no estar feliz?

PEQUEÑOS



- Si no me dices ya mismo el secreto, te haré decapitar -dijo el rey-. Nadie puede ser feliz por esas razones que has dado.

- Pero, Majestad, no hay secreto. Nada me gustaría más que complacerlo, pero no hay nada que yo esté ocultando...

- Vete, ¡vete antes de que llame al verdugo!

El sirviente sonrió, hizo una reverencia y salió de la habitación.

El rey estaba como loco. No consiguió explicarse cómo el paje estaba feliz viviendo de prestado, usando ropa usada y alimentándose de las sobras de los cortesanos. Cuando se calmó, llamó al más sabio de sus asesores y le contó su conversación de la mañana.

- ¿Por qué él es feliz?

- Ah, Majestad, lo que sucede es que el está fuera del círculo.

- ¿Fuera del círculo?

- Así es.

- ¿Y eso es lo que lo hace feliz?

- No Majestad, eso es lo que no lo hace infeliz.

- A ver si entiendo, estar en el círculo te hace infeliz.

- Así es.

- ¿Y cómo salió?

- ¡Nunca entró!

- ¿Qué círculo es ese?

- El círculo del 99.

- Verdaderamente, no te entiendo nada.

- La única manera para que entendieras, sería mostrártelo en los hechos.

- ¿Cómo?

- Haciendo entrar a tu paje en el círculo.

- Eso, obliguémoslo a entrar.

- No, Alteza, nadie puede obligar a nadie a entrar en el círculo.

- Entonces habrá que engañarlo.

- No hace falta, Su Majestad. Si le damos la oportunidad, él entrará por sí solo.

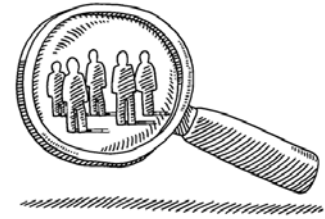
- ¿Por sí sólo? Pero ¿él no se dará cuenta de que eso es su infelicidad?

- Sí se dará cuenta.

- Entonces no entrará.

- No lo podrá evitar.

PEQUEÑOS



- ¿Dices que él se dará cuenta de la infelicidad que le causará entrar en ese ridículo círculo, y de todos modos entrará en él y no podrá salir?

- Tal cual. Majestad, ¿estás dispuesto a perder un excelente sirviente para poder entender la estructura del círculo?

- Si

- Bien, esta noche te pasaré a buscar. Debes tener preparada una bolsa de cuero con 99 monedas de oro, ni una más ni una menos. ¡99!

- ¿Qué más? ¿Llevo los guardias por si acaso?

- Nada más que la bolsa de cuero. Majestad, hasta la noche.

- Hasta la noche.

Así fue. Esa noche, el sabio paso a buscar al rey. Juntos se escurrieron hasta los patios del palacio y se ocultaron, junto a la casa del paje.

Allí esperaron el alba. Cuando dentro de la casa se encendió la primera vela, el hombre sabio agarró la bolsa y le pinchó un papel que decía: "Este tesoro es tuyo. Es el premio por ser un buen hombre. Disfrútalo y no cuentes a nadie cómo lo encontraste". Luego amarró la bolsa con el papel en la puerta del sirviente, golpeó y volvió a esconderse. Cuando el paje salió, el sabio y el rey espiaban desde detrás de unas matas para ver lo que sucedía. El sirviente vio la bolsa, leyó el papel, agitó la bolsa y al escuchar sonido metálico se estremeció, apretó la bolsa contra el pecho, miró hacia todos lados de la puerta y entró. El rey y el sabio se arrimaron a la ventana para ver la escena.

El sirviente había tirado todo lo que había sobre la mesa y dejado solo la vela. Se había sentado y había vaciado el contenido en la mesa. Sus ojos no podían creer lo que veían.

¡Era una montaña de monedas de oro! Él, que nunca había tocado una de estas monedas, tenía hoy una montaña de ellas para él. El paje las tocaba y amontonaba, las acariciaba y hacía brillar la luz de la vela sobre ellas. Las juntaba y desparramaba, hacía pilas de monedas.

Así, jugando y jugando empezó a hacer pilas de 10 monedas.

Una pila de diez, dos pilas de diez, tres pilas, cuatro, cinco... y mientras sumaba 10, 20, 30, 40, 50, 60... hasta que formó la última pila: 99 monedas. Su mirada recorrió la mesa primero, buscando una moneda más. Luego el piso y finalmente la bolsa. "No puede ser", pensó. Puso la última pila al lado de las otras y confirmó que era más baja.

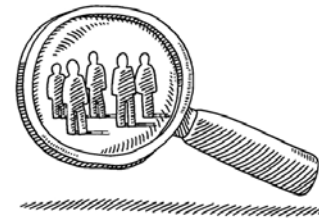
- Me robaron -gritó- me robaron, ¡malditos!

Una vez más buscó en la mesa, en el piso, en la bolsa, en sus ropas, sus bolsillos, corrió los muebles, pero no encontró lo que buscaba.

Sobre la mesa, como burlándose de él, una montañita resplandeciente le recordaba que había 99 monedas de oro "solo 99".

"99 monedas. Es mucho dinero", pensó. Pero me falta una moneda.

PEQUEÑOS



Noventa y nueve no es un número completo -pensaba- Cien es un número completo, pero noventa y nueve, no.

El rey y su asesor miraban por la venta. La cara del paje ya no era la misma, estaba con el ceño fruncido y los rasgos tiesos, los ojos se habían vuelto pequeños y arrugados y la boca mostraba un horrible rictus, por el que se asomaban los dientes. El sirviente guardó las monedas en la bolsa y mirando para todos lados para ver si alguien de la casa lo veía, escondió la bolsa entre la leña. Tomó papel y pluma y se sentó a hacer cálculos. ¿Cuánto tiempo tendría que ahorrar el sirviente para comprar su moneda número cien? Todo el tiempo hablaba solo, en voz alta.

Estaba dispuesto a trabajar duro hasta conseguirla. Después quizás no necesitara trabajar más. Con cien monedas de oro, un hombre puede dejar de trabajar.

Con cien monedas de oro un hombre es rico. Con cien monedas se puede vivir tranquilo. Sacó el cálculo. Si trabajaba y ahorraba su salario y algún dinero extra que recibía, en once o doce años juntaría lo necesario.

"Doce años es mucho tiempo", pensó. Quizás pudiera pedirle a su esposa que buscara trabajo en el pueblo por un tiempo. Y él mismo, después de todo, él terminaba su tarea en palacio a las cinco de la tarde, podría trabajar hasta la noche y recibir alguna paga extra por ello. Sacó las cuentas: sumando su trabajo en el pueblo y el de su esposa, en siete años reuniría el dinero. ¡Era demasiado tiempo!

Quizás pudiera llevar al pueblo lo que quedaba de comidas todas las noches y venderlo por unas monedas. De hecho, cuanto menos comieran, más comida habría para vender... Vender... Vender.

Estaba haciendo calor. ¿Para qué tanta ropa de invierno? ¿Para qué más de un par de zapatos? Era un sacrificio, pero en cuatro años de sacrificios llegaría a su moneda cien.

El rey y el sabio, volvieron al palacio. El paje había entrado en el círculo del 99...

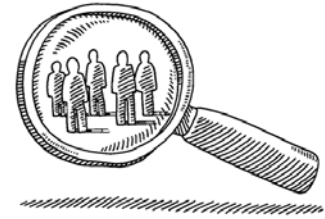
Durante los siguientes meses, el sirviente siguió sus planes tal como se le ocurrieron aquella noche. Una mañana, el paje entró a la alcoba real golpeando las puertas, refunfuñando y de malas pulgas.

- ¿Qué te pasa?- preguntó el rey de buen modo.
- Nada me pasa, nada me pasa.
- Antes, no hace mucho, reías y cantabas todo el tiempo.
- Hago mi trabajo, ¿no? ¿Que querría su Alteza, que fuera su bufón y su juglar también?

No pasó mucho tiempo antes de que el rey despidiera al sirviente. No era agradable tener un paje que estuviera siempre de mal humor.

Todos hemos sido educados en esta tonta psicología: Siempre nos falta algo para estar completos, y solo completos se puede gozar de lo que se tiene. Por lo tanto, nos enseñaron, que la felicidad deberá esperar a completar lo que falta... Y como siempre nos falta algo, la idea vuelve al comienzo y nunca se puede gozar de la vida, pero ¿qué pasaría si nos diéramos cuenta, así, de golpe, que nuestras 99 monedas son el cien por

PEQUEÑOS



ciento del tesoro, que no nos falta nada, que nadie se quedó con lo nuestro, que nada tiene de más redondo cien que noventa y nueve, que todo es solo una trampa, una zanahoria puesta frente a nosotros para que seamos tontos, para que vivamos cansados, malhumorados, infelices o resignados, que es una trampa para que nunca dejemos de empujar y que todo siga igual... eternamente igual?

Una visión menor de la vida es disfrutar del cien por cien de ella.

3. EL BARBERO Y EL ORO

Al pasar un barbero debajo de un árbol embrujado, oyó una voz que le decía: "¿te gustaría poseer las siete tinajas de oro?" El barbero miró en torno suyo y no vio a nadie. Pero su codicia se había despertado y respondió con avidez: "Sí, me gustaría mucho". Entonces ve a tu casa enseguida", dijo la voz, "y allí las encontrarás".

El barbero fue a su casa con grandes zancadas. Y, en efecto, allí estaban las siete tinajas, todas llenas de oro, menos una que no estaba llena. Entonces el barbero no pudo soportar la idea que una tinaja no estuviera llena del todo. Sintió un violento deseo de llenarla porque de lo contrario no sería feliz.

Fundió todas las joyas de la familia en monedas y las puso a la tinaja. Pero esta continuaba igual que antes: medio llena. ¡Aquello lo exasperaba! Se puso a ahorrar y economizar como un loco, hasta el punto de hacer pasar hambre a la familia. Todo era inútil. Por mucho oro que introdujera en la tinaja, ésta continuaba siempre medio llena.

Por suerte un día consiguió que el Rey le doblara el sueldo. Así recomenzó su lucha por llenar la tinaja. Incluso llegó a mendigar. Y la tinaja engullía tantas piezas de oro como le introducían, pero rehusaba obstinadamente a llenarse.

El Rey se dio cuenta del famélico aspecto del barbero. Y le preguntó: "¿Qué te pasa? Cuando tu sueldo era más pequeño, eras tan feliz. Y ahora que te he doblado el sueldo estás destrozado y abatido ¿No será que te han dado las siete tinajas de oro?".

El barbero quedó muy sorprendido: "¿Quién os lo ha dicho, Majestad?", preguntó.

El Rey se rio. "Es evidente que tienes los síntomas de la persona a quien el fantasma ha dado las siete tinajas. Una vez me las ofreció a mí. Cuando le pregunté si el oro podía ser gastado o era únicamente por ser atesorado, él se esfumó sin decir ni un vocablo. Aquel oro no podía ser gastado. Lo único que hace es producir el vehemente impulso de amasar más oro cada día. Ve, pues, y devuélvelo al fantasma ahora mismo y serás de nuevo un hombre feliz.